

Editorial

Y sin embargo son personas... hasta el término

Hace poco murió un señor que conocía bien, amigo de la familia; padecía del morbo de Alzheimer. Había perdido casi todas las capacidades relacionales: no escuchaba, no respondía, no comunicaba. Tampoco se movía, no podía comer por sí sólo, ni asearse, ni ir al baño. Todo esto empezó hace muchos años, pero en los últimos sus condiciones empeoraron. Su esposa y sus hijos, con generosidad y amor, lo atendieron hasta el fin, pero al mismo tiempo confesaban su desconsuelo por la incapacidad de comunicar, de recibir una señal de vida. No era tanto la fatiga, cuanto la falta de respuesta, lo que más los decepcionaba y humillaba. Hasta hace un año, por lo menos sonreía y apretaba la mano: existía. Gestos pequeños que manifestaban amor y gratitud. Después... nada. Se planteaban preguntas difíciles estos amigos. ¿Qué sentido tiene todo esto?

Queremos abordar en este número de la Revista el tema de las enfermedades neurológicas, en particular en las personas ancianas.

La prolongación de la vida es indudablemente un fenómeno positivo. Los avances y logros de la ciencia y de la medicina nos ayudan a vivir más. Este hecho inevitablemente se conjuga con un aumento de las enfermedades neurológicas degenerativas. Todos conocemos a personas mayores que padecen de aterosclerosis, de Parkinson, de Alzheimer. Es difícil comunicarnos con ellas. Viven en su mundo cerrado, impermeable. Parecen sobrevivir fuera del mundo de los vivientes.

Nosotros, los sanos, fatigamos en comprenderlos; tal vez nos burlamos de ellas con chistes amargos y cínicos. Los daños que manifiestan a nivel de las facultades superiores –de memoria, pensamiento, reflexión, lenguaje y expresión– las hacen aparecer como personas raras, que se han perdido de lo más importante de la vida.

Más a pesar de todo... son personas.

El fenómeno nos empuja a reflexionar sobre nuestra cultura y civilización. No siempre, en efecto, a pesar del progreso técnico, hay un avance en el campo de los valores, en la dimensión ética, en el respeto debido a todas las personas. Esto se agudiza en el caso de las enfermedades neurológicas seniles y, en particular, en las demencias. El sufrimiento que conllevan, la dificultad en ofrecer a estos enfermos la asistencia que necesitan, el cargo asistencial para los familiares y la sociedad, nos cuestionan. Algunos proponen un atajo cruel, injusto e injustificado: desinteresarse de ellas, dejarlas...morir; otros llegan hasta el punto de proponer la eutanasia.

Queremos reafirmar nuestro no a estas falsas soluciones. Las personas merecen cuidado, asistencia, amor y cariño. También sus familiares necesitan por parte nuestra, estas actitudes y comportamientos, junto con nuestro apoyo. La persona permanece en el vértice y el centro de nuestra consideración ética y de nuestras decisiones. Siempre en su favor, a pesar de que en algunos momentos podamos no comprender. La persona humana vale y es sacra... aún si no la comprendemos.

En una perspectiva de fe, recordemos que Jesús pasó haciendo el bien, especialmente a estas personas, enfermas, pobres, discapacitadas, marginadas y rechazadas. Sería una derrota para toda la humanidad si, después de dos mil años, volviéramos a actitudes y comportamientos superados por la civilización de amor de Jesucristo.

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 09 (2004)

Es evidente que en este número de la Revista no podremos afrontar todas las temáticas relacionadas con estas patologías. Ofreceremos sólo unas pistas, para reflexionar, para cuestionarnos y – es la esperanza de la redacción – para solicitar un mayor compromiso por parte de la comunidad civil y eclesial, de las instituciones de salud y de prevención social, para quienes padecen este tipo de enfermedades.